



Barcelona, Marzo 1950

LOS PROFESORES

Pedro Laín Entralgo

En el diario "Arriba" publicó don Pedro Laín Entralgo una serie de artículos, que, bajo el título general "Político Universitario" abordaban diversos temas, tales como "Los Profesores", "Los Alumnos", "La Sociedad" y "El Estado". Por su extraordinario interés y para suplir, en la medida de nuestro modesto alcance, la escasa difusión en Barcelona del gran periódico madrileño, hemos querido que encabezara estas páginas las siguientes líneas, dedicadas al profesorado español universitario.

SIEMPRE me ha divertido y hecho pensar la breve eskuela, solemne e irónica a un tiempo, con que Federico Nietzsche comunicó a Erwin Rohde su ascenso a la dignidad profesoral. En los años de gimnasio, en Pförtz, sus amigos llamaban a Nietzsche, con filológica broma, "Onos" ("Asno"). El cual escribió así a Rohde: "Querido amigo: Ha ocurrido el salto en lo inevitable: hoy... ha entrado el infrascripto Onos en el estamento del sacro profesorado. ¡Vivan la libre Suiza, Ricardo Wagner y nuestra amistad!" Descartada la ironía en el delicioso texto nietzscheano, ¿puede valer su letra como una definición? ¿Forman los profesores, en verdad, un estamento, "ein Stand"?

Desde que existen Universidades, va para ochocientos años, la docencia en ellas ha sido, salvo excepciones, la meta de una vocación. El profesor ha querido serlo por dos últimas razones: porque conoció la fruición de contemplar por dentro una disciplina intelectual (música celeste, Filosofía, Genética o Derecho romano) y porque pensó que el comunicar esa fruición o los demás le sería grato y honroso. Esto ha sido siempre lo decisivo; la ventaja material — si no es en los casos en que la docencia comporta una actividad profesional exterior a la Universidad — nunca pasó de ser incentivo de orden secundario.

Pero un hombre con vocación científica, un pobre hombre al que divierte escribir ecuaciones diferenciales o descifrar documentos antiguos, tiende por necesidad, en cuanto puede, a sumergirse en el tema a que Dios y su educación le llevan: suele y debe ser, por tanto, un ente absorto, metido en sí mismo y en su intelectual espelunca. No es frecuente su habilidad en actividades negociosas; y si peca socialmente, sus pecados son antes la mordacidad y "invidia académica" que la codicia. De ahí que no pueda existir con fuerza social un estamento de profesores universitarios, a diferencia de lo que acontece cuando son móviles decisivos el lucro y la pertenencia a un grupo profesional dotado de "espíritu de cuerpo". De ahí, por otra parte, la indefensión social del docente universitario, porque en la sociedad sólo opera con eficacia quien actúa "en grupo". Cuando la sociedad no se interesa espontáneamente por la institución universitaria, el profesor puede tener vigencia dentro de ella en tanto médico, abogado, turiferario o santón, no en virtud de su pura condición académica. Con otras palabras: en los órdenes social y económico de su existencia, el docente universitario necesita ser "cuidado". El no tiene fuerza ni habilidad para cuidarse: pertenece — con el escritor y el artista — a las que d'Ors suele llamar "jerarquías inertes".

Hay sociedades cuyo interés por la Universidad es muy escaso: tal, por ejemplo, la española. Hay épocas en que la urgencia de la vida cotidiana destituye de importancia social a la especulación científica: tal, a todas luces, la que Europa atraviesa. Me contaba un ilustre

(Pasa a la pág. 12)



EXIGENCIAS de cortesía y un deber de información, obligan a — colocar sobre el pórtico de una publicación inédita, una leyenda, clara y breve, que dé cuenta de las razones que justifican su aparición y los propósitos que la animan en su empresa.

La Delegación de Distrito de Educación Nacional, de Cataluña y Baleares, que recoge el importante sector profesional de la Enseñanza, en sus distintas ramas de S. E. P. E. S., S. E. P. E. M., S. E. P. E. T. y S. E. M., tiene hoy una feliz oportunidad para, a través de este nuevo elemento de comunicación con los profesionales afiliados, modesto en su forma, pero rico en ambiciones y absolutamente independiente en su línea de expresión, proseguir la tarea de apoyar y defender los intereses, los derechos y la dignidad de los hombres a quienes el Estado tiene encomendada la nobilísima misión de educar a las nuevas promociones de la Sociedad española, señalando también, en vanguardia de las exigencias y de la crítica, los deberes que la hora presente de España nos impone.

Homíadamente convencidos de que a la realidad de unos problemas profesionales que afectan — igualándolos por el mismo rasero crítico — a todos los trabajadores intelectuales de la enseñanza, únicamente puede oponerse, para intentar resolverlos o, cuanto menos, paliarlos, la fuerza que nace de la total unidad y una más íntima penetración entre los mismos, queremos estrechar los vínculos de unión entre los profesores, rompiendo el hielo de la insularidad profesional y social, con la delgada quilla de "LAYE".

Quiera Dios, con su protección, ayudarnos en el empeño común, y ojalá acertemos en lograr y merecer algo que estimamos y agradecemos más que una cálida acogida: la correspondencia de la cordial y más eficaz colaboración de quienes verdaderamente sientan y se interesen por los problemas de la cultura en nuestra Patria, en nuestra región y en nuestra querida Barcelona.

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

BIBLIOTECA DE CIENCIAS GEOGRAFICAS Y SOCIALES

La figura de José Antonio está demasiado próxima a nosotros — en el tiempo y en el sentimiento — para que se la relegue al archivo de los viejos recuerdos históricos. Su condición de muerto, de caído en la trágica contienda del 36, ha hecho que se rindieran en su memoria simbólicos homenajes y honras fúnebres, con preferencia a aplicarnos en un mejor aprovechamiento, realmente práctico, utilitario — de auténtica utilidad nacional, valga decir, servicio — de sus más vivas enseñanzas.

A lo largo de los tiempos, al través de las conmemoraciones oficiales del Régimen o de la intimidad dolida con que la Falange ha querido recordar al jefe muerto, se han desvanecido los perfiles de la auténtica dimensión humana y política de José Antonio. Y, por esta misma razón, si su nombre, repetido hasta el tópico, se ha hecho familiar hasta más allá de nuestras fronteras — y ya se le nombra así, llamamente, "José Antonio", aun en las páginas escritas en el exilio — el hombre empieza a desconocerse por las nuevas generaciones, y lo que es peor, a desfigurarse, incluso entre aquellos cuya formación intelectual no puede prescindir de los aportes ideológicos que la existencia histórico-política de José Antonio representa en el bagaje cultural de un español de hoy.

Estamos, pues, en deuda con José Antonio, y esta deuda, únicamente podrá cancelarse, reparando nosotros mismos, con los medios a nuestro alcance, este imperdonable error.

Esto es lo que se pretende desde este modesto rincón de nuestro Boletín cultural, y el título de nuestra sección, respondo fielmente a este propósito. Pero ello requiere, asimismo, una previa explicación.

El contenido doctrinal del pensamiento de José Antonio ha sido ampliamente incorporado al vivir actual de España. Otra cosa ha sido lo ocurrido con los variados matices de su personalidad entera, que, recogidos en su conjunto, nos ofrecen una visión y una versión nueva, casi inédita, de su figura de dimensión nacional. Matices, por otra parte, fundamentales, por lo que tienen de actitud, de norma y ejemplo de conducta y no, precisamente, fruto de un alambicamiento de laboratorio, ni de una sucesiva purificación por decantación o sedimentación, sino planteadas, ya, de una manera tajante y clara desde su primera pública salida.

Así, en aquellos rotundos "queremos" del discurso fundacional del 29 de octubre de 1933 existen, junto al planteamiento de las más grandes ambiciones nacionales, rigurosas exigencias de tono menor. Y de entre ellas, una de las más originales y que mejor reflejan la preocupación de José Antonio por dotar a las minorías de calidades humanas moral y socialmente ejemplares es ésta, que transcribimos a continuación, dejándola simplemente enunciada, como incitación e invitación, para volver sobre ella otro día: QUEREMOS QUE TODOS SE SIENTAN MIEMBROS DE UNA COMUNIDAD SERIA Y COMPLETA; ES DECIR, QUE LAS FUNCIONES A REALIZAR SON MUCHAS: UNOS CON EL TRABAJO MANUAL, OTROS CON EL TRABAJO DEL ESPIRITU; ALGUNOS CON "UN MAGISTERIO DE COSTUMBRES Y REFINAMIENTO".

La Facultad de Medicina de Barcelona anuncia la provisión, mediante concurso-oposición, de una plaza de médico interno y 46 de alumnos internos, cuyos ejercicios empezarán próximamente (B. O. del E., núm. 11, de 11 de enero de 1950).



Asimismo y por Ordenes de 16 y 22 de diciembre de 1949 se convoca a oposición las cátedras de "Metafísica" (Ontología y Teodicea) de la Universidad de Barcelona y "Química Analítica", 1.º y 2.º de las Universidades de Granada y Oviedo (B. O. del E. núm. 19 de 19 de enero de 1950).



La Orden de 16 de diciembre de 1949 convoca a oposición la cátedra de "Estética" (Principios e Historia de las ideas estéticas) y de "Historia de la Filosofía e Historia

de la Filosofía Española y Filosofía de la Historia" (Primera Cátedra) ambas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona (B. O. del E. número 18 de 18 de enero de 1950).



El Decreto de 23 de diciembre de 1949 establece el plan general de erección y distribución de Centros de Enseñanza Media y Profesionales con arreglo a las siguientes modalidades adecuadas a las peculiaridades económicas de la Comarca en donde radiquen: a) Agrícola y Ganadera; b) Industrial y Minera; c) Marítima, y d) Profesiones Femeninas (B. O. del E. núm. 15, de 15 de febrero de 1950).



El B. O. del E. de 9 de febrero, núm. 40, publica entre otras la Orden de 17 de enero convocando a concurso

de traslado la cátedra de "Filología griega" de la Universidad de Barcelona, y la de 31 del mismo mes, nombrando Catedrático de "Derecho civil" (1.ª cátedra) de la Facultad de Derecho de la misma Universidad, a don Francisco Fernández-Villavicencio y Arévalo.



El catedrático de "Geometría analítica" de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Barcelona, don Francisco Botella Raduán, ha sido nombrado para desempeñar la cátedra de "Geometría analítica y Topología" en la Universidad de Madrid. (B. O. del E. núm. 20, de 20 de enero de 1950).



La Presidencia del Gobierno, por Decreto de 26 de enero de 1950 regula la aplicación del Reglamento de Dietas y Viáticos de los funcionarios del Estado, estableciendo una escala de poblaciones para fijar el importe de las dietas, y aclarando lo que deberá entenderse por comisiones de servicio y cuáles deberán ser retribuidas (B. O. del E. núm. 33 de 2 de febrero de 1950).



Se ha convocado a oposición la cátedra de "Historia de la Pedagogía española" de la Facultad de Filosofía y Letras (Sección de Pedagogía) de la Universidad de Madrid, por Orden de 30 de diciembre de 1949, publicada en el B. O. del E. núm. 20 de 20 de enero de 1950).

Laye

BOLETIN CULTURAL EDITADO POR LA DELEGACION DE EDUCACION NACIONAL DEL DISTRICTO UNIVERSITARIO DE CATALUÑA Y BALEARES

REDACCION: EN LA DELEGACION DE EDUCACION NACIONAL; JEFATURA PROVINCIAL DEL MOVIMIENTO, PASEO DE GRACIA, 38, BARCELONA

ESTE BOLETIN SE DISTRIBUYE ENTRE TODO EL PROFESORADO OFICIAL DE ESPAÑA Y A TODOS LOS COLEGIADOS EN CIENCIAS Y LETRAS DE BARCELONA



DE ENSEÑANZA MEDIA

A principios de siglo, en 1903, se promulgaba en España un plan de Bachillerato que ha sido sin duda el proyecto más notable de cuantos en materia de Enseñanza Media se han hecho. En él tuvieron su formación pre-universitaria todos los que hoy desempeñan alguna labor profesional o técnica de la vida cultural española. Habida cuenta de los planes que le precedieron, casi todos fugaces, y de los ensayos que se han llevado a cabo después para reemplazarlos con mejor fortuna, no ha sido posible encontrar todavía el molde adecuado para enmarcar a nuestros escolares y en el cual encaje por completo la formación integral de la juventud estudiosa.

Por si el hecho fuera ya de sí poco sensible, dada la importancia del asunto, convenimos en que haber pretendido subsanar el defecto con la desacertada ley Sainz Rodríguez de 1938, es haber perdido por muchos conceptos la mejor oportunidad para realizar a fondo la reforma que necesitamos como exponente manifiesto de nuestras necesidades culturales; pues los estudios de Enseñanza Media señalan el grado de cultura general con que se mide la preparación de un país en materia docente.

No pretendemos repetir aquí lo que ya está reconocido como urgente necesidad de reformar el actual plan de Enseñanza Media, debido a sus múltiples defectos: de no ser cíclico; de carecer de coordinación entre sus disciplinas para que sea formativo; de ser antipedagógico por fomentar el memorismo con la preparación enciclopédica para el Examen de Estado; de fomentar el intrusismo en el profesionalismo de la enseñanza, cuando éste se persigue hasta en sus mínimos detalles, en cualquiera de las demás profesiones, etc., etc., motivos todos que originaron hace dos años un amplio movimiento revisionista que hizo concebir la esperanza de una reforma que ha sido totalmente escamoteada.

Vamos a señalar dos hechos, consecuencia ambos de la repercusión que el estado actual de la Enseñanza Media está teniendo en dos esferas bien diferenciadas: profesorado oficial, y alumnos bachilleres.

Para nadie es un secreto de que el profesor oficial se ve impelido hoy, y no sólo por la fuerza de las circunstancias actuales, a invadir el ejercicio de otras actividades que en muchos casos nada tienen que ver con las labores docentes; pues su prestigio de profesor lo sigue viendo puesto en tela de juicio cada curso que pasa, cuando ya lo creía tener bien ganado, como se ganan los prestigios en otras profesiones; y es na-

tural que considerándose algo más que un simple intruso de la enseñanza, busque para su conciencia profesional una satisfacción legítima que le compense del ostracismo a que está relegado. El hecho del Catedrático de Enseñanza Media, que se hace farmacéutico, médico, arquitecto, abogado, ingeniero, odontólogo... es cada vez más frecuente en los que van ingresando en el Escalafón de la carrera, y hasta en los que llevan más de veinte años ejerciendo la profesión, también se ve ese desplazamiento hacia otras ocupaciones.

Con estos precedentes es fácil colegir que dentro de pocos años, el ejercicio oficial de la profesión en la Enseñanza Media, quedará reducido a una mera ocupación de pasatiempo, traducida en una ayuda económica secundaria. Así, la solera y la preocupación por la enseñanza que aun tiene hoy el Cuerpo de Catedráticos, pese a sus detractores, y que se ha venido conservando merced a un conjunto de cosas, se encuentran en trance de desaparecer totalmente, sin que les reemplace ningún otro estímulo equivalente capaz de justificar ese afán destructivo por aniquilar un organismo que fué creado por necesidad el pasado siglo, ante la penuria general con que el Estado se encontró en nuestra Enseñanza Media.

El otro aspecto al que nos referimos, ha merecido ya la atención incluso de personas ajenas a la enseñanza y aunque han dado la voz de alarma sobre los hechos, no citan sus principales causas. Recordamos a este respecto un artículo publicado por "El Correo Catalán" con el título de "Juventud, vulgaridad, egoísmo", y en el que se reconoce entre los alumnos universitarios de hoy, la falta de originalidad con que se conducen en sus estudios, el poco anhelo de superación en los mismos y el objetivo único que llevan por lograr fácilmente un puesto bien remunerado.



El articulista citaba como causas de tales males, el ejemplo que se palpa en el ambiente social en que vivimos, olvidándose sin duda de analizar la formación cultural y la ética escolar que durante siete años han recibido la mayor parte de esos jóvenes, estudiantes hoy.

Además, se da la paradoja de que progresivamente, con este plan de enseñanza, estamos abocados a una depreciación de los Institutos oficiales. En efecto, éstos atienden principalmente a la formación de sus alumnos y no a dar exclusivamente el ya prácticamente establecido cuestionario exigible en Examen de Estado, dependiendo con pequeñas variaciones del tribunal juzgador... Sin embargo, esto es lo único que preocupa a los colegios privados, los cuales no atienden a la formación intelectual de su alumnado, sino únicamente al examen que han de sufrir.

De ahí que los realizadores de verdadera labor cultural — los centros oficiales regentados por Catedráticos del Estado — estén peor considerados que los que tienen principalmente una finalidad comercial.

Si existe una Ley que lo permite, ¿por qué van a elegir el camino más difícil para ser Bachilleres? Si saben que la asignatura de griego y los idiomas modernos no son materia de examen en la prueba de Estado ¿para qué estudiarlos? dirán ellos. Si el sistema de calificación ordenado por la Ley Sainz Rodríguez, les permite compensar la baja puntuación de una asignatura difícil con el exceso que pueden lograr en otra de más fácil aprendizaje, ¿qué necesidad tienen de buscarse quebraderos de cabeza estudiando lo que no les agrada? ¿Que un centro se les muestra exigente en el examen con relación al bagaje de sus conocimientos? Pues con marcharse a otro en el que consideren que aprueban con mayor facilidad, el asunto está resuelto. ¿No es ésta, acaso, la causa por la cual, muchos centros oficiales tienen tan exigua matrícula libre?

Estudiando en esas condiciones, y constituyen legión los que así lo hacen, ¿tiene de extraño que muchos de ellos fracasen en el Examen de Estado, y que la mayor parte de los que lo aprueban lleguen a las aulas universitarias carentes de fe en sí mismos, sin hábitos de estudio y vacilantes para seguir con firmeza el estudio de la carrera?

Pues esto sucede ya once años. ¿Por qué no se remedia?

A. C. T.

LABOR SOCIAL DE LOS COLEGIOS OFICIALES EN FILOSOFIA Y LETRAS Y EN CIENCIAS

Los Colegios Oficiales de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras, han sustituido su antigua y modesta aspiración de recabar para sus afiliados un puesto en los Tribunales de exámenes, de dudosa eficacia, por la más amplia empresa de mantener el prestigio de la Enseñanza, protegiendo a la vez los intereses morales y materiales de sus Colegiados. No es tarea fácil la de señalar en un corto artículo las preocupaciones del Consejo Nacional, y de nuestro Procurador en Cortes señor Navarro Latorre, en beneficio de la Enseñanza y de nuestros Colegiados. Destacaremos sin embargo, el esfuerzo constante de reformar, mejorándolas, las actuales Bases de Trabajo, del todo insuficientes para atender eficazmente las necesidades de la Enseñanza.

Los Doctores y Licenciados tienen su Mutualidad, de la que han obtenido ya beneficios positivos y se aspira a incrementar los constantemente.

Refiriéndonos concretamente a la actuación de la Junta de Gobierno de Barcelona, debemos destacar su preocupación constante por cuanto supone superación en la Enseñanza Media en nuestra Patria, así como por el mejoramiento y elevación económica y moral en cuanto a ellas se dedican, en cualquiera de sus aspectos. Cabe destacar en este sentido, que el Colegio de Barcelona ha resuelto como órgano de conciliación previa, cuantos litigios se han presentado, con un estricto espíritu de justicia social, sin que en ningún caso haya sido precisa la intervención de los organismos jurídico-laborales competentes.

Dedica preferente y especialísima atención a remediar el grave problema que plantea el intrusismo, causa principal de que crezca cada día de modo angustioso, el número de graduados en paro. En tiempo oportuno presentó este Colegio Oficial una ponencia al Consejo Nacional, abogando por la supresión del personal docente no titulado de los Centros Privados de Enseñanza Media, pues con ese personal se vulneran principios legales, entre otros los de la ley de 9 de septiembre de 1857 en su parte vigente, y la base XV del Estatuto de Enseñanza Media de 1938.

Con la implantación del servicio Farmacéutico, que de acuerdo con el Colegio Oficial correspondiente tiene establecido, obtienen nuestros Licenciados la posibilidad de proveerse de cuantas medicinas sean precisas, sin necesidad de hacer de momento un desembolso que pueda quebrantar su economía, reintegrando al Colegio que lo antici-

pa, el importe de los medicamentos consumidos, en los plazos que el mismo Colegio estime precisos, y ayudándoles económicamente en aquellos otros de extrema necesidad.

Ultimamente, y para que los beneficios de las reservas económicas de que el Colegio dispone, reciban en beneficio de los afiliados, la Junta de Gobierno ha instituido los siguientes premios en metálico, en las condiciones que oportunamente se determinará:

- 1.ª Costear seis títulos de Bachiller para hijos de nuestros afiliados.
- 2.ª Costear dos colegiaciones gratuitas para otros tantos Doctores y Licenciados.
- 3.ª Creación de tres medias becas de 500 pesetas cada una, para ayudar a otros tantos Colegiados que asistan a los cursos de verano para extranjeros, en algunas de las Universidades en que suelen tener lugar.

La Junta, y especialmente el Decano, espera cada día mayor intervención de los Colegiados en la vida docente, y confía en que el Estado tomará cada vez más en cuenta nuestras justas aspiraciones.

Y aprovecha la ocasión de que aparezca el primer número de "LAYE", órgano de la Delegación Provincial de Educación, para estimular a los Colegiados en el cumplimiento de los deberes que les impone el honroso título que ostentan.

B. VILLACARAS

METODOLOGIA PEDAGOGICA DE LA ENSEÑANZA SUPERIOR

La Metodología universitaria plantea una serie de problemas cuya solución necesita de una real especialización. Y en nuestra Patria han sido muy pocos los que se han atrevido a encararse con la pedagogía de la Enseñanza superior. No se nos oculta que principalmente se debe a la complicación de la cuestión. Pero, en no menor medida, sin duda, por pudor a tener que colocar ante los planes de enseñanza de que hoy disponemos una elaboración meditada y científicamente desenvuelta. De todos modos, plantearse el problema de la docencia universitaria es tan importante en metodología pedagógica como penetrar en la psique infantil para adecuar a ella las disciplinas primarias.

Precisamente el hecho de encontrar en la Universidad cerebros más o menos formados — o deformados por las enseñanzas elemental y media — plantea al profesor universitario una serie de problemas recrudescidos por la complicación de la ma-

teria a exponer. El maestro tiene ante sí una psicología difícil — la del niño — pero virgen, en la que caben experimentos múltiples. El resultado de tales experimentos, añadidos a los que realiza el profesor de bachillerato en academias y otros centros con la memoria y la capacidad incipiente de los adolescentes a su cargo, lo recoge el catedrático de Universidad al llegar a él, como en bandeja, los flamantes bachilleres.

Las causas de esta "semiformación deformante" de los alumnos no son siempre debidas a los sistemas de enseñanza elemental y media. Hay también una parte que se debe a la propia psicología del alumno cuya edad, al fin del bachillerato, si bien es la más adecuada para *aprehender*, no lo es tanto para *comprender* algo para lo cual es necesario sumergirse en una dedicación exclusiva. Esto es arduo sobre todo para los alumnos — caso frecuente — no llamados a la vida intelectual por una vocación irresistible. También por el hecho de tener aun demasiado frescos en la memoria una serie de datos que deberá olvidar para convertirlos en *vivencia* cultural, al pasar de ser niño instruido a hombre culto.

El profesor universitario siente la necesidad progresivamente acentuada de convertirse en *maestro*, en el mismo sentido en que lo fué el de la primera escuela. Tiene que volver a llegar al fondo del discípulo, insuflarle, no el maremagnum de datos acumulados durante una labor de toda la vida, sino una sola cosa: la inquietud que hará estudiar al alumno y proporcionarle *ex novo* esos datos. El maestro universitario lo es porque proporciona materiales para proseguir el camino que él siguió y despierta la inquietud de la búsqueda. Esa es su gran labor.

Para ello hay que seguir un sistema paciente y ordenado, sin ilusionar demasiado con la brillantez poseída presentándola como si fuese cosa adquirible sin esfuerzo. Vertiendo gota a gota el trabajo y su premio. Preparando al alumno para que se enfrente él solo con la tarea profesional al mismo tiempo que le pone en situación de adoptar una postura de investigación personal ante los problemas.

La Universidad llena dos necesidades nacionales, que están recogidas sólo a medias en los planes de enseñanza vigentes. La primera es la profesional. La segunda es la puramente científica, la investigadora. En unas ocasiones — plan de enseñanza de la especialidad de Filosofía — parece paradójicamente ver principalmente la primera cuando debiera ver nada más que la segunda. En el plan actual de la sección universitaria de Filosofía se sigue una directriz divisora y acotadora de las enseñanzas, con una progresiva complicación de las asignaturas, intentando agotar toda la materia, atomizarla. Esto es en princi-

pío bueno para dar un conocimiento técnico detallado de los asuntos. Pero, agotado el alumno con las asignaturas a aprobar, pierde el sentido de lo que debe hacer principalmente: dirigir su pensamiento personal, aprender a discurrir por su cuenta.

En otras ocasiones — un ejemplo: la Facultad de Derecho — se sigue una orientación predominantemente teórica en una materia que principalmente debiera estar orientada a la técnica profesional. Pero de esta técnica poco se ve en las escasísimas clases prácticas de la Facultad de Derecho, si es que se ve algo.

Los ejemplos aportados debieran bastar para hacer cundir la voz de alarma y promover un estudio serio de la cuestión, orientado desde los puntos de vista psico-técnico y pedagógico. El desequilibrio entre los planes de enseñanza vigentes y la realidad docente — amén de la escasez de remuneraciones y medios — no puede ser debida a otra cosa que a una falta de estudio concienzudo y consecuente. Y también a la verdadera "fiebre universitaria" del siglo, que — en decadencia otros medios de distinción social — cree encontrar su diferenciación y su marchamo distinguidos en un título universitario.

Como puede verse, hemos intentado abordar un tema demasiado amplio para las pocas líneas de que consta este artículo. No se ocultará a nuestros lectores que en cada frase pretendemos aflorar problemas ni siquiera entrevistos. Pero si algún día se nos concede más espacio intentaremos volverlos a tratar con algún detenimiento.

REGENERACION DE LA ESCUELA

Era preciso que España estudiara su apatía y acudiera presurosa a cimentar nuevas bases para levantar el edificio, firme y estable, de su vida política y social. Y así surgió un 18 de julio y un 26 de enero, fechas memorables que nos invitan a pensar seriamente en el camino recorrido y en el que nos queda por recorrer.

Estas fechas nos señalan e imponen reformas trascendentales en la manera de ser del pueblo español, cambiando su constitución íntima, imprimiendo direcciones nuevas, elevándole y dignificándole, obra todo ello, pura y simplemente, de la educación e instrucción en las Escuelas.

Aquí sólo conviene a nuestro propósito, señalar que el maestro español, salvo raras excepciones, ha sabido cumplir, política y religiosamente, sus deberes, si bien con cierta rutina y pasividad. La obra de la educación de un pueblo es lenta; no basta un

día ni un año para perfeccionarlo, teniendo en cuenta la resistencia pasiva a todo lo que es innovación y cambio de ideas, siempre visto a través del prisma de los recuerdos. Y así se explica que después de transcurridos tantos años desde la Liberación, no se haya podido lograr plenamente nuestro ideal, que es formar un verdadero carácter nacional y una juventud apta para militar en nuestro Partido.

Pretendemos que la Escuela Primaria, con la colaboración de los Organismos juveniles del Movimiento, marquen su influencia decisiva sobre nuestra querida España; pero, entiéndase bien: la Escuela tal como debe ser considerada; la Escuela verdaderamente educativa, donde se forma al niño religioso, social y políticamente; el lugar donde puedan aprenderse los deberes y derechos del hombre en armonía con los postulados de nuestro Movimiento; donde sea verdaderamente eficaz la influencia que ejerza el Maestro sobre la Escuela en general y sobre cada niño en particular; donde la enseñanza de la Agricultura, Industria y Comercio, alcance extraordinario desarrollo, acompañado siempre de prácticas agrícolas, mediante Granjas modelo y Museos a propósito, para poder estudiar las primeras materias y el completo conocimiento de los mercados donde se cambian los productos elaborados; donde se realice, prácticamente, la enseñanza profesional y técnica; donde se enseñe la verdadera Historia de España, y en donde se impregne al niño de Catolicismo práctico.

Esta es, a grandes rasgos, la Escuela que concibe nuestro Movimiento, para que sea un hecho la regeneración de España, cuya meta todavía no hemos podido alcanzar. Este es el punto que ofrecemos a la meditación de los Maestros.

Pero tampoco deben perder de vista las Autoridades superiores, que todos los sacrificios que se hagan por los Maestros resultarán económicos, si para lograr aquellos ideales que apuntábamos, precisamos moldear un cuerpo de Maestros respetables, prestigiosos, dignos, capaces y que vivan decorosamente.

MANUEL SANCHO VECINO

CREACION DE LOS PATRONATOS DE ENSEÑANZA MEDIA Y PROFESIONAL

La Orden de 30 de diciembre de 1949 del Ministerio de Educación Nacional, aprueba el Reglamento para la organización y funcionamiento de los Patronatos

Nacional y Provinciales de Enseñanza Media y Profesional, en cumplimiento de lo ya previsto por la base VII de la Ley de 16 de julio de 1949.

Misión de estos Patronatos es la de orientar y regir, en el orden técnico y administrativo el funcionamiento de los Centros de Enseñanza Media y Profesional. El Patronato Nacional estará integrado, bajo la Presidencia del Subsecretario de Educación Nacional, por los Directores Generales de Enseñanza Media y Profesional y Técnica; vocales representando a los Ministerios de Industria y Comercio, Agricultura, Marina y Trabajo; Director del Instituto de Estudios Políticos, Delegados Nacionales del Frente de Juventudes, Educación Nacional, Sindicatos, Sección Femenina, miembros de las Diputaciones Provinciales propuestos por el Ministro de la Gobernación, representantes del Patronato "Alonso de Herrera" del Consejo Superior de I. C., Colegios Oficiales de Doctores y Licenciados, Ordenes y Congregaciones religiosas docentes, etc.

Los Patronatos Provinciales estarán integrados por el Presidente de la Diputación Provincial, como Presidente y el Director del Instituto Nacional de Enseñanza Media más antiguo de la Provincia como Vice-Presidente, y por los vocales representantes en la esfera provincial de los Ministerios, Delegaciones de F. E. T., Colegios y Organismos que tienen cabida en el Patronato Nacional, además de los Directores de todos los Centros de Enseñanza Media y Profesional de la provincia respectiva.

Ambos Patronatos funcionarán por plenos que se reunirán periódicamente y por Comisiones Permanentes, y entenderán preceptivamente en las cuestiones siguientes, entre muchas otras: redacción del Plan Nacional — por periodos anuales — de la distribución de los Centros de Enseñanza Media y Profesional en el territorio nacional, propuesta de establecimiento de nuevos Centros y aprobación de los que soliciten su reconocimiento, así como la redacción de planes de estudio, coordinación de actividades docentes e informar y proponer a la Superioridad cuantas cuestiones estimen de interés para la enseñanza en general. En el orden provincial, informarán sobre el cese del Profesorado de Centros Oficiales y propondrán al Ministro la designación de Directores de Centros docentes y, finalmente, en coordinación con la Inspección de Enseñanza Media y de acuerdo con los Rectores de Distrito Universitario en lo que afecte a varias provincias, realizarán las inspecciones en los centros de enseñanza no estatales, para comprobar si su funcionamiento y organización se ajusta a los preceptos de la Ley y a las orientaciones de su respectiva Carta Fundacional.



A política, entendida en su acepción originaria y más noble, nos trasciende a todos. Ante la política, no podemos sostener una idea de abstención; hay que enfrentarse con nuestra existencia dentro de la sociedad civil, hay que contrastar la presencia de nuestro grupo nacional en incidencia con el de las demás naciones, hay que adoptar actitudes y emitir, forzosamente, opinión. Hay que elegir el camino que hemos de recorrer en la ineludible convivencia con los demás.

Los demás somos también nosotros. No hace falta recurrir a Ortega — "yo y mi circunstancia" — para demostrarlo. ¡Somos conscientes, o al menos, influenciados, por la actitud vital de cuantos con nosotros componen los grupos sociales. Esta inserción nuestra en la sociedad no debe ser pasiva o gregaria; debemos asumir una actitud trascendente, para que el intercambio de valores culturales — entendida la cultura en el sentido difuso — sea fructífero.

El "yo no quiero saber nada" aplicado a la política es la más absurda de las posturas que pueden concebirse, porque significa, llevada a sus últimas consecuencias, el descender de uno mismo. Nuestro quehacer en la vida está implicado en unas situaciones sociales concretas, en determinadas fases de evolución de la realidad política, a las cuales hemos de ampliar nuestro esfuerzo o, si honradamente las creemos fúnebres, contra las que hemos de combatir para evitar la que estimamos lamentable destrucción.

No nos vaya a suocer como a los tan citados sabios bizantinos, que se dedicaban a investigar las condiciones mecánicas del vuelo de los avestruces cuando los musulmanes entraban a caballo en la última capital del Imperio Romano de Oriente. Y en la reciente historia, en nuestra propia carne, hemos visto cuantos pensadores e intelectuales "puros" que "no querían saber nada de política" se encontraron de la noche a la mañana ante el paredón donde iban a ser fusilados precisamente por motivos políticos a los que nunca habían dado importancia.

La especialización extrema, la total dedicación a un sector acotado de investigación científica, no puede ser recomendable en un sentido absoluto. No es que propugnemos una discriminación en el esfuerzo que acabaría por hacerse estéril, queriendo abarcar todo el saber en un pretencioso enciclopedismo; lo que queremos expresar es que sea cual sea el campo vocacional en que se desarrolle la investigación científica, no podemos olvidar nunca las cuestiones capitales inherentes a nuestra condición de cámbios y de España.

Los valores éticos de que somos portadores y el destino de nuestra Patria, no pueden sernos indiferentes; estos problemas nos condicionan siempre a elegir una manera u otra de obrar; y esta elección de maneras de obrar es, precisamente, política.

En la vieja concepción universitaria, el "alma mater" se acomodaba en las diversas facultades y, en el plan didáctico, ningún nexo unía a las generaciones que en ella se formaban en las distintas disciplinas. Nuevos tiempos, nuevos métodos. El afrento de unidad espiritual que informa la concepción falangista de la política ha penetrado en la Universidad, sea cualquiera que sea la materia de estudio, hay unos temas esenciales que interesan por igual al médico que al abogado, al farmacéutico que al economista; ser español no consiste en una mera existencia física, abullando los años que Dios quiere por esta piel de toro; es continuar una tradición y una actitud ante el mundo que cuando fué llevada a su expresión máxima nos hizo ser el pueblo rector de la Cristianidad y su más eficaz defensor.

Para dar rango universitario a la exposición de la realidad política española, se crearon, en todas las Facultades, las cátedras de Formación Política. Formación política, necesidad imprescindible, el que al salir de la Universidad no sime su esfuerzo a este intento nacional-socialista de dar vigencia, dentro y fuera de España, a la realidad española, no podía alegar — hasta ahora, bien podía hacerlo — ignorancia o exosia.

Las cátedras de Formación Política debían enseñarse: "yo no digo ni cambio sino a quien el ombligo va", nos dice el Conde Arnaldos en su romance; esta "cátedra" de la formación política no la pueden decir los valores universitarios agnósticos que tanto hemos padecido: Formación Política "española" no es Derecho Político, ni Teoría de la Sociedad, ni Sociología, ni Historia; es todo eso y mucho más; como formación de tipo universitario no puede reducirse a un extraer de las distintas ciencias políticas el concepto que impone el programa; hay que ahondar en el contenido y la raíz de los problemas; exponerlos sin paliativos por muy desagradables que puedan aparecer y aplicarlos, en su síntesis finalista, la solución española.

"Nadie entre aquí sin saber Geometría", rezaba el pórtico de la academia platónica; nadie entre a formar políticamente generaciones universitarias sin saber — y sin sentir — España.

JUAN EUGENIO BLANCO

POLÍTICA, SI. POLÍTICA, NO

SOBRE LA TRADICIÓN DE LOS INTELLECTUALES

Es frecuente, en las últimas y confusas décadas de la historia de Europa, oír hablar de la tradición de los intelectuales. Se habla de ella con un celo y una ferocidad que están muy lejos de la consideración que se guardaba a la actividad intelectual en otro tiempo. Con escasas excepciones, la esfera intelectual era considerada hasta principios de este siglo como una superior cualidad de la naturaleza humana, como una virtud que honraba y dignificaba a la especie. La realidad actual es muy distinta. El intelectual ha perdido su prestigio, especialmente el mejor intelectual, aquel que sirve exclusivamente, soberano y sincero, la causa de la inteligencia.

Analizar los motivos que han determinado este cambio, nos llevaría a un estudio minucioso de toda la historia de nuestro tiempo. Y no hay ahora espacio para ello ni los presupuestos lo permiten. Queremos solamente delimitar la posición del intelectual frente a la realidad social de su época y, especialmente, frente a su accionar, el político. Continuare ahora, sin embargo, antes de proseguir adelante, que todas las veces que en este artículo nos referamos a los conceptos de intelectual y político, lo haremos en sentido estricto, condebidos hipotéticos y estrictamente puros, esto es, como reflejo y realización de dos formas de vida volitivas, reglas por distintos normas de conducta como distintos son los fines que persiguen y los medios que emplean para lograrlos. Por lo mismo, aunque estas líneas sigan en defensa de la positiva vitalidad del intelectual — del buen intelectual se entiende — no pretendemos en absoluto atacar o menospreciar la del político — del buen político — ni mucho menos establecer comparaciones valorativas que, si siempre son oscuras, en este caso son las que originan todo el confusionalismo que desdora de los dos formas de vida se establece; confusionalismo que viene alimentado por los tipos intermedios o medios del político intelectualizado y del intelectual "compañero", como es ahora moda y galanesmo llamarle al intelectual al servicio de un partido.

O sea, que si nos situamos en la acera de enfrente de la política y del político, no es en realidad para nada más que para definir al intelectual de la acusación de traidor y cobardía que sobre él pesa, lanzada precisamente por aquel. Porque es el político quien empuja de la lucha a su actividad primaria — y empujado por lo que ella tiene de cara o cruz vital, cuando se puede para buscar la ayuda o simplemente el aliento del intelectual y le distingue ajeno a la lucha, disorde en su labor de gobierno, es el político el que se siente traicionado, abandonado.

El error, en las siempre tirantes relaciones entre inteligencias y políticos, estriba en la apreciación inicial del político al evaluar el intelectual. Hombre de creencias y de acción, el político no puede concebir otra postura que la de amigo o enemigo. No cabe para él una concepción del mundo no apasionada, analítica, científica, que es o debe ser la del intelectual, precisamente antitética a la del político. El político es siempre, de alguna manera, hijo de los acontecimientos de las contiendas, de las contingencias. Es decir, todo lo contrario de lo que le debe suceder al intelectual, para quien lo decisivo es servir a la verdad, y ésta puede oponerse a las corrientes impetuosas, dominantes e históricamente justificables de su época. Y precisamente porque la labor del político estriba en dominar y aprovechar las corrientes históricas y contingencias por las sendas que conducen a su ideal, tendió que estar constantemente en contacto con la opinión pública, mezclado con ella, sorteando todos los peligros que le ofrezca. Y de este contacto no salió nunca ajenito, ya que si pretende cambiarse o modificarse tendió que aprender a cambiarse y a modificarse en cierto modo a sí mismo. No se crea por esto que la labor del político — y sus reflejos siempre al buen político — tenga que ser poco recta y menos honrada, lo que sucede es que la actividad política por su especial índole exige una gran flexibilidad moral. Hacer política, buena y honesta política, es un oficio como ser intelectual honrado. Lo absurdo, y lo que pretende muchas veces el político, es exigirle al intelectual que se ponga al servicio de una determinada creencia.

Ser político y ser intelectual son dos formas distintas de vida que exigen perspectivas distintas y por lo tanto posiciones diversas ante el mundo. El político milita en el tiempo del poder temporal y ello le exige para triunfar en él no sólo rapidez de concepción e improvisación, sino también audacia y cierto sentido del azar. El intelectual, en cambio, es, por principio, el hombre que necesita tiempo y una perspectiva amplia para mirar la su alrededor y para intentar comprender el curso fugaz de la vida en el que se debate el político. Por eso, cuando el político — que decíamos antes, se vuelve enemigo de la lucha y se ve abandonado por el intelectual — queda por el mismo intelectual que horas antes le había aconsejado o aun decido para la acción — debe comprender, antes de llamarse traidor, que la verdadera tradición del intelectual sería guardar los estribos de la filosofía para dejarse arrastrar por la pasión de la lucha política. Y esta tradición, la única tradición de los intelectuales, continúa a sus principios, a su vocación, trahida a la causa de la triunfal, rectitud, a la larga en perjuicio del mismo político que, a fin de cuentas, necesita del intelectual, que es quien convierte en categoría política su actuación individual en la lucha innata.

¡LISTA! Época ha visto la guerra de muchas cosas. ¡Las buenas, otras malas, otras regulares, semipre dentro de la realidad que tiene lo bueno, lo malo y lo regular. Y, precisamente, una de estas cosas hundidas en el mar sin fondo de nuestro tiempo, ha sido la actividad del "intelectual puro".

Hasa ahora, el intelectual se dedicaba a colaborar en su mente los profundos que luego sorprendía a las masas. Era un ser encerrado — para ser fieles al tópico — en su torre de marfil. De vez en cuando se asomaba; abajo agachaba una multitud rugiente. El intelectual echaba, volandera, su idea. No le preocupaba adónde iba a parar. La masa, ávida, agachaba abajo. Que la cogiera quien quisiera. Y eso resultaba ser, casi siempre, el político. El político agachaba al viento el prodigio mental arrojado por el intelectual, se hacía con el producido de su desatención y lo difundía después. La masa se agachaba rugiendo. Una parte se iba con el político, otra no. Agachaba. ¿Qué? Que el intelectual se asomaba otra vez a la ventana de su torre-marfil. Otra idea al viento... Y así sucesivamente.

Pero tan cómoda actividad no podía durar. El político, ávido, se desgastaba, echaba a rugir por la boca, atraganta las masas. En sus avatares, en sus discursos, aparecían las palabras del que se había quedado arriba, en la torre. Y las masas gritaban, rugían...

Sin embargo, un día el intelectual no apareció en lo alto, no arrojó la acostumbrada idea. ¿Qué había ocurrido? El político miró hacia arriba, sorprendido y también un poco acompañado. El intelectual no elaboraba ya ideas. ¿Por qué? Simplemente, porque estaba asustado, porque oyendo las masas rugientes había temido, por un instante, que le derribaban la torre. El político se quedó mirando. ¿Falta a durar siempre su muleta?

No duró siempre. Porque el político se dio cuenta de que podía hablar. ¿De qué? ¿De quién? Pues, naturalmente, del intelectual. Arriba estaba encerrado en su torre. El tenía la culpa de todo, absolutamente de todo. Había que subir, desalojarle de su retiro, meterle entre la masa. Para que gritara. Que azuzara. Que insiguiera. Y también, cuando la masa se desmandase, que justificara...

Pero "¡al ceñar sobre sí una misión política, el intelectual renunciaba a la masa cara de sus libertades: la de revisar constantemente sus propias conclusiones, la de combatir la condición de provisionales". (1). De ahí que se resistiera. El prefería seguir echando volandera ideas, él prefería seguir protegiendo.

Sin embargo, su época había pasado. Tenía que "verolarse" bajo la bandera del político. Tenía que convertirse en un intelectual — para utilizar la palabra en boga — "engañado".

Y ya le tenemos "enrolado". En vez de arma, lleva una pluma, en lugar de misión, papel. Escribe y escribe, incesablemente, bajo la vigilante mirada del político. En ningún país ha llegado su "enrolamiento" a los extremos de tragedia que en Rusia. Reiteradamente ha aparecido un libro (2) que nos describe fielmente la angustia del intelectual, su pugna con el "político", sus añhelos de libertad y finalmente, su autoaniquilamiento. En la URSS, el intelectual debe seguir una norma inflexible, debe procurar no apartarse de la "línea" ideológica. Si lo hace, peligra su vida. La eliminación de su obra es Siberia, la mazmorra.

Los espíritus simples dicen que eso son cosas del comunismo. Otros aseguran que es consecuencia de Oriente. ¿Oriente? ¿Comunismo? Si algo hay universal, es precisamente la tragedia del intelectual que ha perdido su libertad. Dondequiera que vayan los uniformes espirituales, como los hay materiales, metanizado, produciendo en serie, tan en serie como la cadena de Ford o el más entusiasmado lajuvovista.

¿Y qué ha perdido el intelectual con el precioso don de la libertad? Muchas cosas. Entre ellas, la conciencia de pertenecer a una civilización. A una cultura. A esa cultura, que, como dice Hilarie Bellie "abarra Europa, especialmente el oeste de Europa, desde allí al Nuevo Mundo y ακόμα como guía e instructora de otras culturas en Asia y en el Norte de África". Y además, ha reunido también a su superioridad, a su influencia, a todos esos dones de que hacía gala cuando estaba encerrado en la torre.

El intelectual "engañado" se ha convertido en un nuevo funcionario. En un burocrata. Produce, eso sí, era más que antes asado. Pero sus creaciones llevan todas el sello de origen. Como los toros, que tienen, marcado al fuego, el hierro de la ganadería. Así el intelectual enrolado marca también, con el fuego de la política a que pertenece, la carne viva de sus creaciones.

Disengañámonos: la época ha matado muchas cosas. ¿Era buena, era mala o regular la actividad del intelectual puro, sin "enrolamiento"? Que cada cual responda, con la mano puesta en el corazón.

J. RUIZ

(1) José Antonio Primo de Rivera: "La política y el intelectual". Ob. Com. págs. 515.
(2) Irene Olszewski: "Abandonada toda Esperanza".

EL PROBLEMA DE ESPAÑA

Más de una vez, nos hemos preguntado porqué la guerra civil española no ha dado, todavía, «su literatura», pese al dramatismo de su planteamiento y a la suma trascendencia de los valores que en ella se pusieron en juego. Apenas unas cuantas novelas, casi reportajes, de nuestros García Serrano («La fiel Infantería») y Benítez de Castro («Se ha ocupado el kilómetro 6») y las de André Malraux («L'Espoir»), Hemingway («Por quien doblan las campanas»), etc., pero que no rebasan lo episódico de la anécdota bélica.

Acaso sea porque, a la tónica falta de «perspectiva histórica» se añada la dificultad de enfocar objetivamente un tema delicado, en el cual, temperamento, sentimiento y los intereses contrapuestos pesan más que las puras razones intelectuales. Y quizás, también, porque el inmediato recuerdo de la gran tragedia, su honda penetración en las carnes de España y su viva repercusión en cada hogar y en cada uno de nosotros mismos, no habían permitido alcanzar aquel estadio de serenidad — la no menos tónica «pacificación de los espíritus» — imprescindible para acometer la apremiante tarea de revisar un amplio repertorio de hechos históricos y reflexionar profunda y sugestivamente sobre los mismos.

Y ha sido preciso, nada menos, que diez años pasaran y pesaran sobre España, para que, de las prensas, saltaran, audaces, a la calle, los libros de Laín Entralgo y Calvo Serer, los cuales pueden, al fin, ser realmente considerados como una primera contribución al esclarecimiento de las cuestiones que se ventilaban en los últimos «rounds» sangrientos de 1936-39.

Para Laín, en España existe un problema hundido en la entraña misma de su ser histórico; España en sí, es ya problema (1). Según Calvo Serer, tal problema, artísticamente planteado por los heterodoxos, dejó de existir y fué resuelto «mediante un acto enérgico, tajante y claro, en 1936 (2)». El ensayo de Don Pedro Laín Entralgo —católico entero, aunque sin necesidad de estar adscrito a esta o aquella institución religiosa— plantea abiertamente el problema como incitación a resolverlo por integración, por superación, elevándose sobre las diferencias circunstanciales. Rafael Calvo Serer, por el contrario, parece a lo largo de su colección de artículos, no querer darse por enterado del problema, con lo cual, lejos de contribuir a su resolución, no hace sino perpetuarlo al correr de las generaciones...

Comienza Laín afirmando que «el problema histórico de España es un problema de ser o no ser». «La polémica intelectual y bélica acerca del problema de España, van a sostenerla progresistas y tradicionalistas». Pero, los tradicionalistas no superaron ser históricamente oportunos, en tanto que «los progresistas no superaron o no quisieron ser históricamente españoles» (Página 18). Más adelante, a través del pensamiento de Menéndez y Pelayo, «tercero en discordia y primero en concordia», el problema de España, es decir, «la colisión agónica entre la hispanidad tradicional y la modernidad europea» será la

RAFAEL CALVO SERER

ESPAÑA. SIN PROBLEMA

fin «rectamente planteado en el espíritu de no pocos españoles... Pero por escaso tiempo, y sin alcanzar apenas vigencia política. Porque, «Maura, el político derechista, fracasó en su generoso empeño de liberalizar la derecha española y hacer una revolución desde arriba». El 21 de octubre de 1909, murió políticamente un hombre en quien había sido posible el triunfo definitivo de la «tercera posición»... Canalejas, el político izquierdista de aquella situación de España, fracasó en su gran empresa de nacionalizar la izquierda española: su asesinato no fué sino el sangriento testimonio de su fracaso». (Página 37).

Más cerca de nosotros ya, entre 1933 y 1936, José Antonio Primo de Rivera, repetiría, con redoblada energía, el intento de cohesión ambas actitudes forzando la fórmula de una revolución nacional y social a un tiempo; testimonio doblemente sangriento del nuevo fracaso, fueron su fusilamiento y como consecuencia del mismo, la guerra civil, alimentada por los particulares banderizos, que pusieron en grave peligro la vida y la unidad de España. ¿Cuál fué la actitud de Laín ante la guerra? Los hombres de su generación, «espiritualmente astillada», «sólo un camino, vimos abierto» —dice—: «intervenir con el alma limpiamente católica y anchamente nacional en la ya iniciada tragedia de España». (Pág. 133.)

Y, a modo de conclusiones, tras la exposición de su personal visión del problema de España, plantea Laín lo que él mismo considera como «exigencias de nuestra generación», a saber: I. Necesidad de resolver definitivamente, la irresuelta polémica entre el progresismo antitradicional y el tradicionalismo inactual o antiactual, mediante una efectiva voluntad de integración nacional... «en tanto españoles pensamos que todo lo intelectualmente valioso de la historia de España, hiciéranlo católicos o libre pensadores, es parte de nuestro patrimonio, cosa nuestra».

II. Necesidad de que en el resurgimiento efectivo de España quedasen suficientemente garantizadas nuestra autonomía política y la más estricta justicia social. III. Necesidad de distinguir en la vida de España, con exquisito cuidado, lo esencial y lo accidental, lo per-

manente y lo mudable. IV. Necesidad de ser fieles a muerte a lo esencial a cambio de ser irónicos frente a lo accesorio. V. Necesidad de ser originales en la expresión de lo permanente y en la sucesiva sustitución de lo mudadero. (Originalidad religiosa, intelectual, estética, social, técnica.) VI. Necesidad de hacer sugestiva y difusa —en una palabra, efectivamente ejemplar— la propia originalidad. Y, VII. Necesidad de vivir instalados en la historia universal.

Hasta aquí, Laín. Cedamos, ahora la palabra a Calvo Serer, quien nos aguarda, impaciente, a la vuelta de la esquina, en su libro «Violento y discutible» según lo califica, publicitariamente, el editor. Para el joven intelectual del *Opus*, «esa consideración de España como problema, ha sido el tema central de la desunión espiritual que ha paralizado la historia nacional, por medio de la confusión y las divisiones internas de los españoles». A su juicio, «...en la reconstrucción que Menéndez y Pelayo hizo de la conciencia española, siguiendo la línea del pensamiento contrarrevolucionario, están las bases firmes para la única solución valedera de tan fundamental disyuntiva». (Pág. 10). Y, más abajo: «Por fortuna, de dos siglos en que España fué tema a discurrir, hemos salido los españoles mediante un acto enérgico, tajante y claro, en 1936; desde 1939, España ha dejado de ser «un problema» para adquirir conciencia de que está enfrentada con «muchos problemas». Tal será el leit-motif de su argumentación, aunque apenas esboce en todo el libro, cuáles puedan ser estos «múltiples problemas». E insiste: «...él, (Menéndez y Pelayo) nos dió la España sin problema, para que a nosotros nos sea posible enfrentarnos con los problemas de España». (Página 116.) Y, para corroborarlo, afirma: «Hoy, cincuenta años después del 98, España es un reino y la

debe volcarse en manosear morosa y dolorosamente un pasado que está definitivamente claro en sus líneas fundamentales». (Pág. 133). Porque, «la victoria de una de las mitades contendientes de España, fué, ante todo, la victoria de una concepción cultural determinada, verdaderamente nacional». Pero si es así, ¿cómo compaginar esta actitud, con «la unánime convicción de que es, por tanto, imprescindible asegurar la unidad española»? (Pág. 140). Y no es esta la única contradicción que puede observarse a lo largo del pensamiento de Calvo Serer. Porque, aunque reconoce «la necesidad de asimilar lo positivo de todos aquellos que lucharon por nuestro resurgimiento, mezclando el error y la verdad», y, «la gran comprensión de la generación nueva y aún su estimación hacia los noblemente extraviados» (página 148), afirma que «frente a las voces que claman por el reconocimiento de la discrepancia entre «las dos Españas», nuestra actitud no puede ser otra que la ortodoxia católica frente a la ortodoxia marxista, lo cual, evidentemente a más de desorbitar la cuestión, es llevarnos a un nuevo callejón sin salida. Aunque intente justificarse, afirmando: «No es que se pretenda mantener odios ni avivar un recuerdo rencoroso de la historia próxima. Pero tampoco podemos ni queremos olvidar la dura lección del pasado reciente, la monótona y deprimente historia del siglo XIX español: guerras civiles, matanzas y amnistías para volver a comenzar de nuevo el ciclo sangriento». (Página 152). Pues, parece no querer darse cuenta de que la actitud sectaria e intrasigente que adopta es, justamente la única postura que conduce fatalmente a ello, imprimiendo un renovado impulso al péndulo trágico que marca las oscilaciones de los nefastos extremismos, de la revolución a la reacción. Pues resulta realmente difícil conciliar su afirmación: «queremos establecer las únicas bases posibles de convivencia nacional y de una cultura creadora» con la intolerancia y el exclusivismo sectario de que —sin intencionalidad manifiesta— hace discreto alarde, Rafael Calvo Serer...

Mucho han dado que hablar los libros que, apresuradamente, hemos reseñado. Y deberían también dar mucho que pensar. Pues, a pesar de todos los ensayos críticos y los intentos políticos, España permanece al como en realidad es y jamás ha podido siquiera esbozar la posibilidad de ser lo que desea que sea. Pese a ello sigue vigente e imperiosa la necesidad de llegar, en la revisión histórica, a un punto común en el cual puedan coincidir las varias interpretaciones de España. En cuanto a nosotros, nos incumbe la histórica responsabilidad de ser, quizás, la «generación puente», que, no solamente posibilite el futuro, sino que contribuya, también, generosamente, a hacer posible este común entendimiento del pasado.

(1) Pedro Laín Entralgo: «España como problema». Seminario de Problemas Hispanoamericanos. Madrid, 1949.

(2) Rafael Calvo Serer: «España, sin problema». Ediciones Rialp, S. A. Madrid, 1949.



cultura española camina en el sentido marcado por Menéndez Pelayo. Y aquí no ha posado nada, que diría el castizo zarzuelero de la España «cañí»... Pero seamos serios, «La primera actitud, pues, al enfrentarnos con los problemas españoles, es que dejemos de considerar problemático el destino nacional». «Nuestra preocupación no

EL METODO HISTORICO DE LAS GENERACIONES

Bajo este título ha publicado Julián Marías un curso de doce lecciones profesado el pasado año en el Instituto de Humanidades, de Madrid.

El tema de las generaciones ha sido de los más frecuentados desde los años que suceden a la primera guerra mundial, en libros y en revistas. Ha sido planteado como problema historiográfico fundamental, pero ello como consecuencia de un efectivo planteamiento generacional de los problemas públicos, que ha tenido lugar especialmente en la sociedad española. En Alemania, ha sido tratado desde puntos de vista científicos no reducidos a lo estrictamente sociológico, sino desde todo el campo de la historia.

En España, esta preocupación ha producido un libro especialmente interesante (aparte de la teoría de Ortega, fundamental en todos sentidos, y que es propiamente el tema del estudio de Marías): *Las generaciones en la historia*, de Pedro Laín Entralgo. En su conjunto es esta obra, hay que decirlo, un fracaso. En ella se entrelazan sin ninguna coherencia interna, por lo menos cuatro temas, desarrollados respectivamente en los capítulos I, II a IV, V, VI y VII. Esta estructura rapsódica de la obra sólo alcanza explicación en el propósito del autor de reunir en un solo cuerpo el fruto de sus meditaciones sobre un tema: la historia; pero, a la vez, demuestra con ello la insuficiencia e inmadurez de su pensamiento a este respecto. Sin embargo, en cada uno de estos invisibles miembros (*dissecta membra*) que nosotros hemos descubierto en la obra hay ideas a veces valiosísimas acerca del tema de nuestro tiempo (nuestro tiempo, que empieza en 1789). Un propósito más personal aún, se descubre en el capítulo V, que trata del ingreso del joven en la vida histórica. Allí se sienta una doctrina general del fracaso de la actuación histórica de la juventud; es decir, una justificación del fracaso de la actuación pública de su propia generación.

Marías estudia en su debido lugar el libro de Laín, pero no lo sitúa en esta exacta «ubicación» histórica. Se olvida, por otra parte, de citar otra importante resonancia española del tema, en Giménez Caballero, aunque éste sea el menor entre los fallos del libro. En «Genio de España» habla Giménez Caballero de su generación como la de los «nietos del 98». Es notable el olvido de Marías, por cuanto en esta frase está implícita la cuenta de las generaciones *per quoddecim annos*, de Ortega, que con tan ciego amor estudió en su libro.

Pero entremos ya en el análisis de éste.

LOS ACIERTOS

Se divide el estudio de Marías en cuatro partes fundamentales: el tema en el siglo XIX (capítulo II), la teoría de Ortega (III), el tema en nuestro siglo (IV), observaciones, y aplicación del método (V, VI); medidas de una introducción al problema (I).

Marías ha acertado en dar un resumen realmente amplio, y con interesantísimas novedades (especialmente en Stuart Mill y Dromel) de los distintos planteamientos que tiene el problema en el siglo XIX. Es verdaderamente emocionante contemplar en él la lucha de genios de la historia como Comte, Dilthey, Ranke, y de los Dromel, Rümelin, etc., con la evasiva, fluida, realidad histórica, para aprisionarla en conceptos. Más aún, por cuanto, como señala excelentemente Marías, todo lo que nosotros sabemos ahora de sus esfuerzos, entonces «no lo sabía nadie». «Los primeros teóricos de la generación

se ignoraron mutuamente. Nadie, pues, acumuló los saberes dispersos que unos y otros fueron conquistando». El trabajo de cada cual partía, en cada caso, prácticamente, de la nada.

Marías distingue dos líneas independientes, condicionadas por los distintos orbes culturales en los que se insertan, en el estudio de las generaciones: la que las interpreta desde la sociedad (Comte-Mill), y la que las entiende desde la vida humana (Dilthey). De ellas sociológicamente — historiográficamente — es la francesa la más valiosa. Acierto del libro de Marías ha sido el destacar a ésta suficientemente.

Ambas líneas se reúnen en la teoría de Ortega, la cual es, a la vez, una teoría de la vida humana, y una teoría de la sociedad y de la historia.

Marías hace un buen resumen, a partir de los presupuestos filosóficos generales de Ortega (la vida como realidad radical, etc.) de las indicaciones contenidas al respecto en *El tema de nuestro tiempo* y especialmente en *En torno a Galileo* (cuya primera publicación íntegra es del año 1947; ello es importante, como veremos más adelante).

De aquí en adelante, la labor interpretativa de Marías es mínima. Los textos de Ortega son

siempre importantes (y, a la vez, evidente), siendo un acierto de Marías el insistir en ella, acierto más que nada relativamente a los demás glosadores de la teoría de Ortega, quienes, con suma frivolidad, han caído casi todos en el mismo error: hacer objeciones de principio a lo que se presenta sólo como un método de investigación, como tal siempre rectificable frente a la realidad. (El asunto tiene, sin embargo, otra cara, muy poco favorable a Marías ésta, a la que nos referimos más adelante.)

En las dos últimas partes se estudian las repercusiones del tema en nuestro siglo, casi todas alemanas, salvo la muy interesante de Hentze y algunas españolas. repercusión, a su vez, casi exclusivamente, de las teorías de Ortega; y se hacen algunas observaciones de detalle, pequeñas aclaraciones, terminando el libro con el ensayo de algunas hipótesis acerca de las posibles dificultades de aplicación del método.

LOS FALLOS

He indicado los aciertos del libro. Voy a señalar algunos fallos.

En la exposición de las distintas teorías del siglo pasado y del actual, tiende Marías a verlas *sub specie* de la teoría de Ortega, lo cual le conduce a errores.

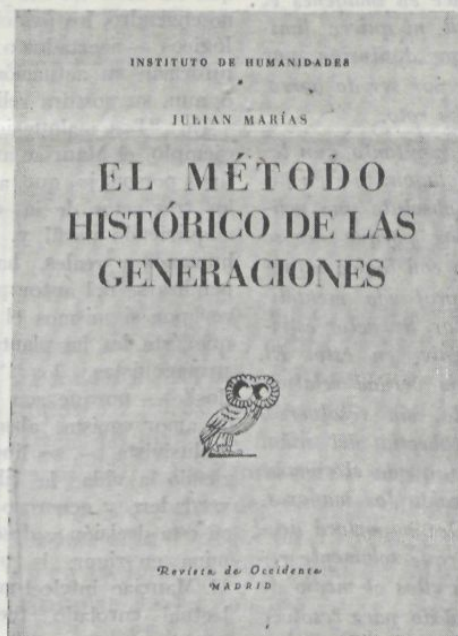
En primer lugar, hay una comprensión insuficiente de Dilthey. De los dos factores en los que agrupa Dilthey, en cita que que de él hace Marías, las condiciones en las que se forma el «mundo» definitorio de cada generación, el *patrimonio cultural heredado* y la *vida circundante* destaca Marías sólo el primero (o acaso sería mejor decir que confunde a los dos en el primero), cuando el gran acierto de Dilthey, no sólo en esta cuestión, sino en la fundamentación de su sociología (ver la *Introducción a las Ciencias del Espíritu*, L. I. cap. IX), continuado en esto sobre todo por Freyer, ha sido el hacer hincapié en la *situación social e histórica* de lo que nace, y en cuya conexión queda envuelta, toda concepción del mundo, toda teoría. «Las relaciones que forman la sociedad, dice Dilthey, los estados políticos y sociales, infinitamente diversos, trazan determinados límites a las posibilidades de ingreso ulterior que ofrece de por sí toda generación precedente». Aquí se ofrece nada menos que una primera explicación del cambio histórico, referido a las generaciones, fundándolo en las limitadas posibilidades ofrecidas por la sociedad del momento, en virtud de las cuales el curso histórico es encauzado y dirigido. Esto tiene cierta importancia, ya veremos por qué.

Donde, sin embargo, alcanza la limitación de Marías al punto de vista de Ortega caracteres graves es en las críticas de las teorías contemporáneas; y ello, no sólo en cuanto se limita casi exclusivamente a la comparación entre lo adquirido en Ortega y lo ofrecido por cada autor, sin intentar una recreación coherente e independiente del punto de vista de éstos, sino porque revela una radical incompreensión de las posibilidades de desarrollo más o menos implícitas (y explícitas), en la teoría de Ortega.

Pasemos ya a este punto.

En su exposición de aquélla, Marías concluye con la de lo que Ortega llama «los tres hoy de cada hoy». En esta gran construcción de Ortega se contiene el núcleo de la posibilidad de las generaciones. Cada presente histórico abstracto está articulado en tres distintos presentes concretos, en tres «edades» distintas que,

(Pasa a la pág. 11)





Conscientes de lo que significa una columna mensual dedicada al Arte en Barcelona, nos limitaremos a señalar exclusivamente los acontecimientos que lo merezcan por su actualidad y valía. Otra intención perseguirá nuestra columna: la de poner "al día" a nuestros lectores en lo que se refiere al arte local. Intentaremos señalar cuáles son las últimas tendencias y los valores jóvenes, con la intención de guiar al curioso por las galerías de Barcelona. Perseguimos una intención orientadora y actual.

La obra de arte busca siempre un efecto, que no se consigue sino con la conjunción de una serie de elementos. El desentrañar cuáles son esos elementos con los que juega el artista y cuál su entramado, es la tarea del crítico de arte. Tarea que pocas veces lleva a cabo a la perfección.

Este resultado o efecto perseguido por la obra de arte depende a su vez de una serie de factores radicados en la personalidad del artista y en las características de la época. Por eso varían con el tiempo. Y es postura poco amplia negarse a admitir las variaciones que en la expresión artística determinan los tiempos. Por eso es poco amplia la postura "antimodernista" en Arte. En el arte moderno hay cosas buenas y malas, como en cualquier otra escuela o estilo. Y la labor del espectador es desentrañar y distinguir las unas de las otras, intentando comprenderlas todas.

Un ejemplo de artista actual y joven — colocado en una actualidad palpitante de la pintura — es José Santiañez. Ha presentado una serie de cuadros en Galerías Layetanas, ordenados cronológicamente de tal modo que nos muestra la evolución del artista. El problema que se le presentaba a Santiañez en sus primeros cuadros era conseguir un "ambiente" e intentó resolverlo practicando un divisionismo, cuidando de disimular la habilidad de dibujante que desde siempre tuvo con el difuminado del óleo dividido y con el empleo de una gama colorística tenue. Pero este disimulo de su potencia de trazo, realizado por una consideración puramente intelectual, como intelectual es la dirección divisionista en el arte, no podía durar mucho tiempo. Y poco a poco el vigor de su trazo ha ido saliendo de sus cuadros, convirtiendo en obras de madurez los balbuceos prometedores. Santiañez es el caso típico de artista que se deja dominar en un primer momento por una fórmula para poder, más tarde, dominarla él a su gusto. Creemos que en este momento trascendental alcanzó la real y personal fórmula artística, no radicada en una consideración de tipo intelectual, sino en la propia manera de ser.

"El ídolo caído" es una buena muestra de lo que puede dar de sí una eficaz colaboración literario-cinematográfica. Graham Greene y Carol Reed — este último posiblemente el mejor director europeo actual — han actuado con una compenetración que raramente se da en el cine. Sin embargo, esta colaboración, esta compenetración, es absolutamente necesaria. Si algún día al tratar de cinematografía se escribe algo más que "historias del cine" — una "Poética del cine", por ejemplo — convendrá tener en cuenta que en la compleja creación cinematográfica lo esencial, lo fundamental, aquello sin lo cual nunca puede existir una buena película es, precisamente, la conjunción guionista-director. "El ídolo caído" la tiene y por ello es, ante todo, una película interesante y, esencialmente, una película que consigue lo que se propusieron sus autores. Que es bastante más de lo que sugiere el título y de lo que, en definitiva, cree la gente. Porque ni la película traduce en imágenes el mundo infantil, ni quiere limitarse a expresar desilusión por un ídolo que, por ser de barro, al caerse, se ha roto.

La película, por tanto, aun teniendo por protagonista a un niño, no es en absoluto una película para niños, porque no se razona en ella con lógica infantil, sino con profunda mentalidad de pensador. Su valor estaba, precisamente, en esto. El problema de la verdad relativa queda flotando, sin resolverse, en la rubi cabecita del niño. Pero a su vez, queda el engaño en que han caído los mayores, a quienes no les importará desentrañarlo porque solamente representa para ellos el medio de que se han valido para resolver el "caso". Para el niño no será nunca un medio, sino el detalle más importante, la verdad. Los mayores no le escucharán y él seguirá creyendo que se han equivocado. Pero ¿qué hubiera sucedido si llegan a escucharle, a darle crédito?



En otro lugar de este número se habla de las misiones del intelectual y del político y de los tipos mixtos que entre las dos formas de vida pueden darse. Una de ellas, es la del intelectual enrolado o "engagé". Dentro de esta especie hay una serie de subgrupos que van desde el escritor al servicio de un grupo político o una ideología determinada, hasta el pintor que pretende hacer política con sus cuadros. François Mauriac se acerca bastante al primer subgrupo de los que hemos citado. En la mayoría de sus obras se olvida de que, intelectual como dice ser, su misión, cuando pasa de lo especulativo a lo artístico — teatro, novela — debe circunscribirse a la creación estética para olvidar, si quiere que su obra resulte creación y no engendro, los principios ideológicos — acertados o no — que informan su actuación política o, aun, su postura religiosa.

En "Los malqueridos", por ejemplo, el Mauriac artista crea unos personajes que, a través de los tres actos de la obra, van adquiriendo perfil y dimensión humanos y reales, hasta independizarse del autor para resolver por sí mismos el problema que éste les ha planteado. Los protagonistas, los "malqueridos" — porque son objeto de un amor egoísta, absorbente y exclusivista —, se liberan escogiendo la vida, la libertad, el verdadero y generoso amor. Y en esta decisión y desenlace termina, en rigor, la obra. Pero el Mauriac intelectual, e intelectual enrolado, recuerda, de pronto, que sus personajes no han elegido la solución que a él le convenía, solución que tiene que estar de acuerdo con su ideología. Y, entonces, sin el menor sentido de lo que tiene que ser una obra de arte, añade al final una breve escena en la que los protagonistas se arrepienten, se retractan de su libre determinación, de su decisión. El intelectual enrolado ha traicionado al artista, se ha traicionado a sí mismo. "No importa", dirá el Partido, el que sea, al que el intelectual se haya enrolado. No importa la obra de arte como tampoco importa la verdad.

La llegada a Barcelona de la Orquesta de Cámara de Stuttgart, magnífico conjunto especializado en música de los siglos XVII y XVIII — Bach, Mozart y Gluck, sobre todo — nos ha hecho pensar en el giro que toman las directrices actuales de la música, precisamente por el hecho de haber interpretado con precisión maravillosa y compenetración exactísima obras de esos autores. Cada uno de los componentes de la orquesta tiene categoría de solista, y categoría, por cierto, superior a la de muchos solistas que andan por ahí. Todos ellos se han reunido, como en un laboratorio de cultura, formando una secta — esa es la impresión que producen — cuyo culto escrupuloso es el misterio de Melos.

Es cierto que siempre han existido orquestas buenas de música de cámara. Pero hoy más que nunca se observa una decantación y decadencia del ampuloso estilo romántico, que con sus grandes construcciones quiso hacer una pan-música que lo abarcara todo. Se hizo una música literaria, y en el XIX el Arte entero navegó tras la literatura. La primera liberación — es sabido — la realizó Debussy. Pero también desde un punto de vista ideológico, y, por tanto, impuro. Con él la música se hizo más bien pintura. La reacción contra la pegasosidad pictórica se realizó esgrimiendo un banderín técnico: la música pura, que resulta en exceso quintaesenciada convirtiéndose en una mera elucubración. Ante ese panorama no cabe más que una salida: la vuelta a la inocencia, a la sencillez, a componer sin más preidea que las que proporciona una técnica depurada.

Pero la tendencia está ya iniciada con claridad. El ya disuelto grupo de los seis, en Francia, con su "musique parlant au coeur" puede ser la primera muestra, y, con ella, la conversión a una forma armónica y sentimental nada menos que de Honegger, autor de "Pacific 231" (locomotora americana en marcha, trasladada a la partitura). Una conversión semejante es la que pareció experimentar Strauss en los últimos años de su vida, pasando de las ampulosa de la "Sinfonía de los Alpes" al dulce "Suite para oboe y pequeña orquesta". En los pueblos anglosajones Barber y Purcell son las últimas y más jóvenes muestras de ese neo-clasicismo que señalamos. Mas bien tienden esos autores a una integración, aprovechando las conquistas técnicas de la música pura en una interpretación expresiva y melódica.

Y so sin contar con el impulso que hoy día están tomando las interpretaciones de clásicos del XVIII, que pasan de los cenáculos a las grandes salas de concierto. Nombres olvidados por la masa de melómanos wagnerianos y beethovenianos de todo el mundo: Tartini, Scarlatti, Vivaldi. Vuelven — ¡loado sea el Señor! — a primer plano, para librarnos de los trombezos geniales de los hombres del XIX.



EL METODO HISTORICO DE LAS GENERACIONES

(Viene de la pág. 9)

coinciden contemporáneamente. Ni «juventud» (en la terminología orteguiana; de los 15 años a los 30) una de las posibles edades biográficas, está cubierta por la «madurez ascendente» de otros (que estén entre los 30 y los 45) y por el «predominio» de los que tienen de 45 a 60. Así, pues, sobre el presente elemental definido por mí, se sitúan como pisos de una casa (es inexacta la imagen de Mentre, que Marías acoge (página 154, nota), según la cual las generaciones están ubicadas «como las tejas de un tejado») otros dos presentes elementales, otras dos edades: tres hoy en este hoy.

Ahora bien, yo me pregunto: ¿Cuál es mi hoy? ¿Cuándo empieza y cuándo acaba? ¿Es mi hoy sencillamente (pues nací en 1924), el que va de 1939 a 1954? Indudablemente lo será. Pero, generalmente, ¿lo es también? Sin duda, Marías sabe que no. El método de las generaciones determina mi generación poniéndola en relación con la llamada *generación decisiva* (en mi caso será, probablemente, la del 98), con respecto a la cual vienen determinadas las ulteriores. En el método no hay, pues, vacío. Pero, ¿y en la teoría?

En Marías no hay ninguna indicación de los fundamentos de esta parte del método. Hay una referencia a la «articulación de la sociedad en masa y minoría», tesis orteguiana, pero sin comprender su sentido, ni deducir de ella ninguna consecuencia a este respecto. Más aún, rechaza la solución que le viene ofrecida en Mannheim, en Petersen, en Lafn.

¿Qué hace que se oriente alrededor de una fecha determinada, una generación? ¿Qué hace, pues que efectivamente se organicen generaciones?

Marías nos lo dice, sin querer; mejor dicho, a pesar suyo: las *generaciones* en sentido estricto, los *grupos generacionales*. Por ejemplo, la *escuela romántica alemana*, estudiada por Dilthey. Por ejemplo, la *generación del 98*, estudiada por Lafn. Los límites de las «edades biográficas» de estas *generaciones*, son los límites generacionales que buscamos. En estos grupos se da el centro de gravedad temporal, que atrae en torno suyo, y organiza en *variedades históricas* la indiferenciada masa histórica. Así pues, lejos de ser ocioso, como pretende Marías, el estudio del modo como se constituyen los *grupos generacionales*, sin este estudio es imposible comprender la constitución de las generaciones y, a la vez, las variaciones del estricto ritmo *per quindeum annos*.

Otro factor contribuye a constituir la generación. Aquí interviene Dilthey: la *situación* en la que ésta toma forma. Esto sería demasiado vago decir que es la que transmite la generación precedente, sino que es una muy determinada: la *situación* en la que ha vivido su *edad receptora* (de los 15 a los 30 años) que que coincide exactamente con la *edad plenamente productiva*, no de la generación inmediata anterior (la que está entre los 30 y los 45), sino de la anterior a ésta (la que tiene de 45 a 60). Así se explicarían los movimientos de acción y reacción de siempre advertidos en el curso histórico, por la herencia directamente recibida, por la generación más joven, del mundo de valores y soluciones, de la generación más vieja.

Estas consideraciones podrían aún ampliarse. Pasemos ya al último punto.

MALA FE

En su crítica de las posiciones contemporáneas ante el problema, Marías pretende descubrir, a este propósito, ciertos rasgos sociológicos deprimentes, en el mundo intelectual alemán, y también en el español. Se patentizarían, en el caso presente, en la incapacidad para comprender, mejor aún, para disponerse a la comprensión, puesta de manifiesto por la mayoría de los glosadores de la teoría de Ortega.

lado el caso alemán, y limitémonos al español. Aunque Marías no se refiere explícitamente a ello, todos tenemos en la mente, con él (y esta vez estamos de acuerdo; aunque tampoco es el caso muy grave), la extravagante acogida que ha tenido la obra de Ortega, no comprendida, mal comprendida, absurdamente deformada, o ignorada, por la mayoría. Bien: yo mismo acabo de señalar cuán insuficiente es la exposición que hace Marías de su teoría de las generaciones.

En el caso presente, sin embargo, Marías no ha sabido tener razón.

La tiene en un punto, en parte, como arriba he señalado, y no se da cuenta: el *método* de Ortega, conocido por artículo publicados en *La Nación*, ha sido objetado por Ayala y Lafn, principalmente, por razones de principio: «*in comprender que las afirmaciones de Ortega tenían alcance exclusivamente metódico*».

Este no es, sin embargo, el reproche de Marías. A ambos les reprocha que no hayan referido el método en sus fundamentos generales. Ahora bien, la exposición de dichos fundamentos generales, en la fecha de los trabajos de Lafn y Ayala, *no estaba publicada*. El curso de Ortega *En torno a Galileo* se publicó íntegro sólo en 1947, en el tomo V de sus *Obras Completas*. De él se habían publicado antes dos partes: una, en forma de artículos, en *La Nación*, contenía sólo la exposición del *método* de operación en las generaciones históricas; en la otra (*Esquema de las crisis*), no hay ninguna referencia al tema. Ayala y Lafn, utilizan sólo los artículos de la *La Nación*. Mal podían referir el método a sus fundamentos si no conocían éstos. Sin embargo, podían y debían comprender el

alcance exclusivamente metódico de lo expuesto por Ortega. Pero esto no lo comprende Marías.

Inferir de ahí conclusiones sobre nuestros usos intelectuales, sería desorbitado (aunque, en otros puntos — caso Alfonso — las observaciones de Marías sean justas); en todo caso aquéllas afectarían sólo a Marías.

Pero donde su crítica toma caracteres evidentes de mala fé deliberada y consciente; donde, por lo tanto, revela usar de modos intelectuales mucho más graves que los más o menos reales que incrimina, es en el comentario al estudio de Zamora y Vicente *Sobre petrarquismo* (1) y a las referencias al tema contenida en éste.

Dice: «Zamora resume brevemente algunas ideas de Ortega en *El tema de nuestro tiempo*; no utiliza las que contienen otras obras, aunque cita *Esquema de las crisis* (publicación tercial en 1942 de *En torno a Galileo*, curso al que refiere explícitamente) y declara conocer uno de los artículos de *La Nación* que contenía la (subrayo yo) parte del curso de 1933 no publicada aún en libro; a pesar de ello, añade: «La teoría de Ortega está, en verdad, falta de un estudio sistemático y amplio por parte de su autor». Parece esto un tanto extraño, ya que la exposición de ella que hago en ese libro se basa *exclusivamente* (subrayo yo) en textos anteriores (subrayo yo) a la fecha del trabajo de Zamora y casi sólo en los mencionados en éste».

¿Es preciso, después de lo antes dicho, que indique los puntos en los cuales *miente* deliberadamente Marías? Creo que no.

J. F. S.

(1) Publicado en 1945; así, pues, dos años antes de la fecha de publicación íntegra de «En torno a Galileo».



A partir del próximo número publicaremos en esta página una serie de notas bibliográficas sobre todas las publicaciones que ofrezcan interés para nuestra Revista. Es propósito de esta Redacción publicar noticias de todos los libros escritos por licenciados y profesionales de la enseñanza, estén destinados a figurar como de texto en Escuelas, Universidades o Institutos, o bien presenten carácter monográfico o literario. A tal fin, rogamos a cuantos deseen que publiquemos nuestra opinión sobre sus obras envíen a la Delegación Provincial de Educación Nacional de Barcelona (sita en la Jefatura Provincial del Movimiento, Paseo de Gracia, 38), un solo ejemplar de las mismas.

Asimismo, la Dirección de la Revista "LAYE" se complace en participar a todos sus lectores que tendrá el máximo gusto en recibir cuantas opiniones y noticias le sean dadas por las Corporaciones Docentes (Universidades, Institutos, Colegios de Enseñanza Media y las Escuelas Primarias) o bien por cualquiera de sus lectores. Las observaciones, noticias y opiniones que le sean enviadas por carta serán publicados en las distintas secciones de la Revista en caso de que sean considerados pertinentes por la Delegación de Educación Nacional barcelonesa.

Ante todo recabamos la colaboración de nuestros Centros Docentes para obtener la más completa información profesional, y les rogamos envíen notas cortas de todas sus actividades para ser publicadas en dicha sección de Información (pág. 2).

LOS PROFESORES

(Viene de la pág. 1)

jurista italiano, profesor en Pisa, que durante un viaje en autobús desde su ciudad a Roma habló largamente con el conductor: éste ganaba casi doble que él. No es extraño. Ese hombre servía con su trabajo a los intereses inmediatos y urgentes de la sociedad y actuaba dentro de ella "en grupo". Otro tanto ocurre en la misma Norteamérica, aun cuando allí, necesario es decirlo, el ejercicio de la docencia universitaria garantiza con relativa holgura el mínimo vital familiar.

Admitamos ahora que se añadan la instancia social y la instancia histórica en la depreciación de la docencia universitaria. Mientras otros, más hábiles y solidarios, se adaptan o prosperan, ¿cuál será la situación del "profesor puro", indefenso e inofensivo en la general colisión de intereses, apto sólo para aprehender y enseñar Literatura griega, Cálculo diferencial o Histología? La respuesta viene dada por tres palabras: atonía, polipragmasia y evasión.

Las formas de expresión de la atonía pueden ser múltiples, según la singularidad vocacional del docente. En muchos afecta a las actividades del magisterio más finas y, por tanto, más próximas a la aparente superfluidez social. Me refiero, sobre todo, a la investigación y a eso que he llamado regimiento del "snobismo" intelectual. ¿Cómo, de dónde extraer el largo y ancho tiempo que exige la conquista de una mínima verdad en las islas de la Historia o de la Naturaleza? En otros, más investigadores que docentes, el detrimento toca al ejercicio de la enseñanza, rutinaria muchas veces y no difícilmente eludible. En algunos, por fin, atañe la lesión a la constante empresa de estar en forma: aprendizaje de idiomas y técnicas, contacto alertado y puntual con cuanto se hace en el universo mundo relativamente a la propia disciplina.

Llamo polipragmasia, como es obvio, a la ejecución de muchas cosas. Decían los griegos "prágmata" a lo que nosotros solemos decir "asuntos", según la feliz versión de Zubiri. Pues bien; es polipragmático el hombre que por gusto o por necesidad tiene "muchos asuntos". Si el docente universitario es un hombre que por vocación y por conveniencia social no debe tener más que un solo asunto — múltiple en sí mismo, como vimos —, ¿se advierte el peligro que para el cabal cumplimiento de su función late en esa circunstancial, pero inevitable polipragmasia de su existencia actual?

Por otra parte, la evasión. No pocos, muy bien dotados para la vida intelectual y docente, desertan de la carrera universitaria apenas la han iniciado y escogen para siempre una práctica profesional más lucrativa y brillante. Otros, conseguida ya la cátedra e iniciada la eminencia en ella, hallan fuera de la Universidad o allende la frontera mayor holgura para el ejercicio de su vocación. En torno a la Universidad, y dentro de ella, van quedando, a la postre, aquellos en quienes la llamada de la vocación es "desesperadamente auténtica", según la frase de Ortega, y los que consiguen armonizar con la docencia el cultivo de una profesión extrauniversitaria, casi siempre absorbente.

En suma: la atonía, la polipragmasia y la evasión constituyen los riesgos que amenazan al "estamento del sacro profesorado" — mucho menos "sacro" hoy que en tiempo de Nietzsche — cuando la instancia social y la instancia histórica se aunan en la obra de subestimar la valía de su función. Pero esto, ¿es un bien o un mal? Si la vida es, primariamente, acción, ¿no será bueno disminuir el número y la importancia de los cavilosos? Y si es

un mal, aunque la vida se defina como acción, ¿cuál puede ser su remedio? Es forzoso indagarlo.

Acomodemos a nuestra situación el trillado esquema platónico. Fin ideal de la "civitas terrena" es la justicia, entendida como virtud cardinal cristiana. A lograrla deben conspirar, cada uno con su respectiva virtud, los tres brazos de la sociedad civil: el de los doctos o sabedores (sabios, sacerdotes, políticos), el de los defensores (soldados funcionarios) y el de los operarios (labradores y artesanos). Cualquiera que sea nuestro juicio sobre la respectiva jerarquía y la mutua relación dinámica de esos tres "estados", algo parece claro: que el buen orden de la ciudad exige cierta proporción entre ellos, y, en consecuencia, que su desproporción excesiva pone desorden — íntimo, al comienzo; visible, luego — en la entraña de la sociedad civil.

Consideremos la proporción del ingrediente intelectual en la vida de los pueblos. ¿Cuál será su relativa cuantía? No cabe responder de un modo preciso y general; esa cuantía debe ser distinta en cada situación histórica y, dentro de ella, en cada pueblo. Lo cual equivale a decir que sólo ateniéndose a esas dos coordenadas es posible advertir si el vicio de la proporción es por exceso o por defecto.

Bajo especie de pasión especulativa, en Alemania; bajo especie de vida literaria, en Francia, la actividad intelectual ha logrado en ambos casos desmesurada vigencia social. ¿No cabría interpretar desde tal atalaya buena parte de la historia contemporánea de esos dos admirables países? El hombre de la calle vino a "usar las ideas sin entenderlas", para decirlo con la puntante expresión de Zubiri.

No es éste el caso de España, sino el contrario. Cabe pensar ciertamente que el bien de España consiste en exportar misioneros, poesía lírica, pintura negra y danzaderas de Cádiz y, en consecuencia, en importar teorías físicas, hallazgos filológicos y artefactos industriales. No estaba muy lejos de tal sentir el "Que inventen ellos", del más objetable Unamuno; sí lo está, y con toda resolución, mi propio sentir.

Incremento en la intensidad. Es necesario que nosotros, los profesores universitarios, mejoremos la calidad y el rendimiento de nuestra producción científica; es necesario que, supuesta la colaboración de los restantes órganos de la vida académica — alumnos, sociedad, Estado —, enseñemos más y mejor. Incremento, por otra parte, en la extensión; es necesario que, sin mengua de la calidad y sin hipertrofia o superfetación de los establecimientos docentes, haya en la vida intelectual de España más matemáticos, más filólogos, más fisiólogos, más pensadores sobre el ser del hombre; es necesario, en fin, que la penetración de la Universidad en nuestra vida social sea más amplia y vivaz. Dos polos parece tener la distensión histórica de la eminencia y aun de la existencia española: en uno, preponderancia, habitan y operan Antonio Mercé y San Pedro de Alcántara; en otro, más débil, Cajal y Suárez. Para que el equilibrio entre los dos otorgue a España su máxima eficacia en el siglo, es urgente hacer más intensa y extensa la Universidad española.

La empresa requiere, como todas las humanas, supuestos mínimos: proyectos idóneos y operaciones eficaces. La victoria de Lepanto requirió barcos, plan de batalla y acciones esforzadas. He aquí, a mi pobre entender, los supuestos de todo posible incremento en la intensidad y en la extensión de nuestra vida universitaria:

1.º Creación de condiciones de subsistencia que garanticen mínimamente la plena dedicación de una gran parte de los profesores, incluidos los de jerarquía subordinada (encargados, adjuntos), al ejercicio de las cinco principales actividades del magisterio universitario: transmisión del saber, docencia profesional, investigación, formación humana, incitación a la vida intelectual.

2.º Ampliación, en cada Universidad, de su respectiva biblioteca — partiéndola, si es necesario, en locales múltiples —, de modo que en ella se reciba "todo" lo importante de cuanto en el mundo se publica, relativamente a cada una de las disciplinas universitarias.

3.º Mejoría paulatina de los laboratorios y las clínicas, hasta hacerlos mínimamente capaces de cumplir con plenitud su función. Sin lujo y sin dispendio, pero con suficiencia. No se me olvide, por Dios, que Cl. Bernard y Cajal trabajaron en sobabancos; sería tanto como pensar en la posible guerra futura recordando que Viriato vencía con arcos y hondas.

4.º Exigencia — delicada, constante, eficaz — por parte de los alumnos, la sociedad y el Estado. Hay que dar más al profesor; hay que exigir más de él.

Van Gogh: EL SEMBRADOR

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

BIBLIOTECA DE CIENCIAS GEOGRÁFICAS Y SOCIALES

